

Políticamente incorrecto

Sí, hoy voy a ser políticamente incorrecto. Y hablaré de basura. Puede que parezca extraño que se pueda ser políticamente incorrecto hablando de basura, pero es así.

De un tiempo a esta parte y fundamentalmente de la mano de los ecologistas (pero no únicamente de ellos) se van introduciendo criterios en la recogida de basuras que, a primera vista y primer análisis, son positivos y representan un avance en nuestra actitud medioambiental.

Pero como siempre, no es oro todo lo que reluce y, junto con efectos indiscutiblemente positivos, se mezclan intereses poco confesables, manipulaciones y esfuerzos exigidos a la ciudadanía totalmente inútiles.

En primer lugar soy terriblemente escéptico en cuanto al uso del dinero aportado por el contribuyente para ese fin. Con demasiada frecuencia nos enteramos de que fondos públicos va a parar a manos privadas con justificaciones que no resistirían un análisis con un mínimo de rigor. Y teniendo en cuenta que solo salen a la luz pública contados casos de las muchas corruptelas que se dan, tengo mis fundadas dudas de que el dinero recaudado por el servicio de basuras no pudiera ser mucho mejor aprovechado o menos costoso para el usuario.

Pero lo que me indigna es que, a causa de las privatizaciones del servicio o partes de él, el sufrido contribuyente tenga que financiar el inevitable "beneficio" que la empresa privada obtiene de esta actividad. Si se el proceso estuviera en manos de una empresa pública (no tiene porque tener beneficios), nuestros bolsillos podrían ahorrarse el importe del mencionado "beneficio".

Suele alegarse que la empresa privada funciona mejor que la pública. Discrepo por mi experiencia en el funcionamiento de la privada. Y si fuera verdad, y teniendo en cuenta que los gestores de la pública, en su mayoría, han pasado por la privada y periódicamente vuelven a ella, solo podemos llegar una conclusión: que el fraude en la gestión de la empresa pública está generalizado. Ante ello, no es eliminar la empresa pública lo que hay que hacer, si no perseguir a quienes, desde sus cargos públicos, cometen delitos y evitar que salgan impunes. No es tan difícil, basta con imponer una absoluta transparencia a la gestión, que cualquier ciudadano pueda revisar hasta la última cuenta de la administración pública y exigir que, de oficio, se actúe contra cualquier irregularidad detectada. Si le añadiéramos que las penas por tales delitos fueran más altas que las

del mismo rango en la esfera privada (justificable por afectar a toda la sociedad), otro gallo nos cantaría.

Y abundando en el absurdo, el ciudadano no solo tiene que pagar un precio excesivo por este servicio, si no que se convierte en mano de obra gratuita para la clasificación y separación de los componentes de la basura: vidrio, papel, envases, etc. Todo para que quien se dedica al reciclado pueda obtener un mayor beneficio.

No hace tantos años podíamos sacarnos unos dineros vendiendo las botellas vacías, los periódicos viejos o los objetos de metal retirados. Hoy pagamos por lo que antes cobrábamos, y encima en algunos casos tenemos que desplazarnos, mediante un vehículo que gasta combustible y contamina, para poder llevar esos objetos a uno de esos puntos llamados verdes.

Pero las desdichas del ciudadano no terminan aquí. La clasificación, que va camino de imponerse, implica disponer de un sistema de distribución en casa, de tres a cinco recipientes, según lo estricta que se quiera hacer dicha clasificación. Pero si tenemos en cuenta que el tamaño de las viviendas es, en general, tirando a diminuto, vamos a terminar compartiendo la sala comedor con los cubos de la basura.

No niego que hay elementos que requieren la intervención real del consumidor para su control. Es el caso de las pilas y baterías, aunque en este caso la actuación general de la administración no es precisamente encomiable. En muchas ocasiones te las ves y te las deseas para encontrar un contenedor donde depositarlas. Otro tanto ocurre con los aceites.

¿Es realmente lo que se está haciendo lo mejor? ¿Es la solución a los problemas medioambientales?

La respuesta a ambas preguntas es no. No es la mejor opción, aunque si la más fácil. Veamos algunas opciones concretas más eficaces.

Botellas y envases para líquidos u otros elementos susceptibles de tal presentación.

Primero, normalizar tamaños y formas. Si lo que pretendemos es economizar costes energéticos y reducir nuestro impacto sobre el medio ambiente, no existe ninguna excusa válida para no obligar a una normalización que admita el intercambio de envases entre las distintas empresas usuarias de los mismos, en lugar de permitir que cada cual haga lo que le salga del bolo.

Segundo, imponer la reutilización de los envases, de la misma forma que antes se hacía. El usuario paga el envase al llevárselo y le reintegran su importe al devolverlo.

Tercero, prohibir envases de plástico, "tetrabriks" y similares, que no son reutilizables, optando por los de vidrio.

Beneficios obtenidos: Al no tener que fabricar tantos envases, se produce tanto un ahorro en materias primas como en energía, y se disminuyen considerablemente los residuos generados.

Este sería un ejemplo de una política medioambiental real y no los brindis a la galería que se hacen.

Por otra parte, y como ya he manifestado en otros artículos, es necesaria una visión de conjunto para hacer frente a la actual situación. Las medidas que se adoptan en temas como el presente pueden ser parches, algunos más eficaces que otros, pero en ningún caso se afronta el verdadero problema. Y este no es otro que el volumen de población. Si reducimos nuestro consumo de recursos y generación de desechos a la mitad pero nuestra población se multiplica por tres, nuestro impacto en el entorno aumenta un 50%.

Pensar en reducir nuestro impacto medioambiental individual a la mitad es hoy por hoy (y en el modelo económico que nos viene impuesto) soñar fantasías. Máxime si tenemos en cuenta la gran cantidad de población que está por debajo del estatus medio de la sociedad occidental y que aspira, lógicamente, a mejorarlo.

Es un hecho que en poco más de cien años hemos pasado de 1600 millones de habitantes a más de 6750 millones (hemos multiplicado la cifra inicial por 4,2), y el ritmo de crecimiento sigue aumentando. Es un hecho que el consumo de recursos (y generación de residuos) por persona también ha crecido de forma astronómica. Las medidas con que nuestros políticos nos obsequian pueden servir de justificación ante la opinión pública de su preocupación por el tema, pero en ningún caso son de eficacia real. El problema es que no tienen hu... (perdón por la expresión machista, pero me sale del alma) para exponer la realidad y proponer medidas efectivas. Eso, o están a sueldo de quienes mejoran cada día el saldo de su cuenta corriente, gracias al modelo de sociedad que padecemos